

GIUSEPPE FORLAI

ELOGIO DE  
LA SOLEDAD,  
EL SILENCIO Y  
LA ESCUCHA

Como un niño en brazos de su madre

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2025

A los hermanos y compañeros del equipo formativo  
del Pontificio Seminario Mayor de Roma,  
con afecto y gratitud.

Cubierta e interior: imágenes digitales a partir de *Atardecer en Pittsburgh* (1927),  
de Maurice Denis

Traducción de José Ángel Velasco García  
sobre el original italiano *Come una piccola creatura*

© Edizioni San Paolo s.r.l., 2022  
Piazza Soncino, 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milano) / Italia  
[www.edizionisanpaolo.it](http://www.edizionisanpaolo.it)

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2025  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tel.: (+34) 923 218 203 - [ediciones@sigueme.es](mailto:ediciones@sigueme.es)  
[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 978-84-301-2263-9  
Depósito legal: S. 170-2025  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

Cuando Pedro vio (al discípulo amado),  
preguntó a Jesús: «Señor, ¿y este qué?».

Jesús le contestó: «Si yo quiero que  
él permanezca hasta que yo vuelva,  
¿a ti qué? Tú, sígueme».

(Jn 21, 21-22)

«Somos lo que permanece  
cuando todo ha desaparecido».

(Archimandrita Elías del Athos)

## CONTENIDO

*Presentación*, 11

*Introducción*, 23

1. DETENERSE, 29

2. VIGILAR, 59

3. ESCUCHAR, 77

4. PERMANECER, 99

5. DESEAR, 115

6. PERDER, 131

*Conclusión.*

Amar a la Iglesia, 147

*Anexo*, 157

*Epílogo*, de Fabio Rosini, 159

*Índices*, 169

## PRESENTACIÓN

### LEER REQUIERE TAMBIÉN EJERCITAR LA PACIENCIA

Toda la infelicidad del hombre  
deriva de su incapacidad  
para entrar en su cuarto y  
permanecer allí en soledad.  
(Blaise Pascal)

Querido lector: El libro que tienes entre tus manos tan solo pretende ser un comentario a las palabras del salmista: «Permanece en silencio ante el Señor y espera en él» (Sal 36, 7). Su intención, sin embargo, apenas tiene que ver con el conocimiento teórico, sino más bien con prestar una ayuda para vivir con profundidad el seguimiento del Señor en la vida cotidiana.

Intentaré explicarme mejor. Estoy convencido de que resulta decisivo tomarse en serio las palabras que el Resucitado dirige a Pedro cuando este le pregunta por el discípulo amado. He aquí su llamativa respuesta: «¿Qué te importa a ti lo que haga él? Tú sígueme» (Jn 21, 22). Es decir, no te justifiques ni busques excusas comparándote con los demás. A cada uno, incluido Pedro, el Maestro le recuerda que para él somos únicos: «Imagina que no hay nadie más en el mundo: solo tú y yo. El discípulo amado tiene su destino, que por supuesto no es el tuyo y que solo a él y al Espíritu les incumbe. Tu camino es diferente y particular. A él le espera una venerable ancianidad en Éfeso; a ti, el martirio en la Roma imperial».

Antes o después, a cada discípulo le llega el momento de adentrarse con Jesús en el desierto, en el silencio. No dispondrá de brújula ni de compañía, tampoco de un

guardaespaldas ni de un padrino, solo de la Sagrada Escritura en las manos y la recta fe en el corazón para enfrentarse al mandato de Pablo: «Que cada uno profundice en sus convicciones personales» (Rom 14, 5). Gastamos muchas energías en retrasar dicha cita. Nos da miedo. Pero a todos, más tarde o más temprano, de un modo o de otro, nos llegará el momento. Está apuntado en nuestra agenda con tinta indeleble. y en absoluto se trata de un drama, sino todo lo contrario. La soledad nos puede regalar una fe sólida, un dulcísimo e irrenunciable encuentro de corazón a corazón.

Las páginas que siguen –no me cansaré de repetirlo– tienen como objetivo mostrar el insustituible valor de la soledad y de la escucha que ella propicia. Pienso en la soledad que está «antes» de todas esas palabras que, de un tiempo a esta parte, asfixian el arte de estar solos, hasta el punto de no permitirle siquiera justificar su necesidad. Condenada a muerte por aquellos que tendrían que haberla defendido, la soledad –y la experiencia contemplativa en general– ha desaparecido del vocabulario eclesial y de las homilias como si fuese una palabra inmundada. Y, sin embargo, como siguen proclamando algunas voces, «la soledad es una necesidad básica de la vida, tan importante como comer o dormir. No hace falta justificar nuestro esfuerzo cotidiano para cubrir estas necesidades. Pues del mismo modo que no se discute la necesidad de alimentarse y de reposar, tampoco debería hacer falta explicar la necesidad de estar solos»<sup>1</sup>.

¿Qué delito ha cometido? Ser víctima de un prejuicio o, mejor, del deseo irrefrenable –presente también en la Iglesia– de encontrar un chivo expiatorio al que hacer

1. Ch. Bobin, *Il distacco del mondo*, Servitium Sotto il Monte BG 2015, 45.

responsable. ¿Los sacerdotes están en crisis? «¡La culpa es de la soledad!». ¿La vida religiosa está en decadencia? «¡Es que se hace poca vida comunitaria!»... Explicaciones de este tenor no aciertan, a mi juicio, con el verdadero motivo de la decadencia, que más bien debe buscarse en la debilidad de una fe probada en el crisol de la búsqueda de Dios. Más veces de lo imaginable, esta búsqueda se ha sustituido con bellos y piadosos proyectos, incluso apostólicos, que suelen ser demasiado humanos. Y al intentar acabar con el individualismo y la espiritualidad intimista, el proyectil termina rebotando contra el pecho de la soledad y de la escucha de la Palabra, que siempre ocupa la primera línea. Entonces, se suelen gastar las energías en la animación comunitaria y en la promoción de fraternidades renovadas, que con frecuencia se caracterizan por un exceso de narcisismo no exento, en ocasiones, de rebrotes tradicionalistas: se desea estar, no ser. Pretendemos estar «bien juntos», pero como tenemos egos del tamaño de un elefante, enseguida sentimos que los demás invaden nuestro espacio. Y volvemos a «devorarnos unos a otros» (Gal 5, 15).

Al desagrado que genera la soledad y el tener que escuchar se añade el olvido de la intimidad, esa necesidad humana básica que permite entrar en contacto con nosotros mismos, respetarnos y guardar nuestros secretos más sagrados. Y es que sin intimidad no se desarrolla la empatía: nos encontramos cerca unos de otros, pero no llegamos a «sentirnos»; en algunas ocasiones compartimos afectos desmesurados, pero en otras domina la lástima. Los corazones se juntan para darse calor, pero casi nunca para compartir el mismo destino. Sin soledad no hay intimidad, sin intimidad no hay pudor, sin pudor no hay respeto. Llegamos así a un gran contrasentido de nuestra

sociedad: habitamos en una cultura sin límites que, paradójicamente, se complace en los escándalos. El cortocircuito está servido. Todo es público, relatado con morbo y sin ningún matiz, hasta el punto de producir consecuencias indeseadas que destruyen a las personas. Al suprimir el sentido del pudor, germina a nuestro alrededor una hipocresía mojigata que no respeta a nadie.

En el ámbito de la formación cristiana, la experiencia de la escucha en soledad suele reservarse para algunos tiempos durante los retiros o para experiencias de desierto; eso sí, no conviene prolongarlos en exceso para poder regresar cuanto antes a las actividades grupales. Entonces, el propio grupo se responsabiliza de organizar, a menudo de forma artificial y procurando molestar lo menos posible, el inevitable cara a cara con Dios. La archiconocida letanía de palabras encadenadas del tipo «fraternidad, solidaridad, igualdad, corresponsabilidad, acogida, amor, colaboración, altruismo, intercambio...» puede prolongarse hasta el infinito. Nadie duda de que sean conceptos maravillosos y hasta santos, aunque se tiene la impresión de que por mucho que se repitan no llegan a ser creídos, cuánto menos practicados. Sabemos, además, que el exceso de insistencia los hace menos valiosos. Estoy convencido, en el fondo, de que allí donde cada uno no responde de manera personal a la pregunta de Cristo: «¿Me amas más que estos?» (Jn 21, 15), no puede surgir ni mantenerse ninguna comunidad verdadera, tampoco un amor capaz de entregar la vida y menos aún alguien que sea capaz de apacentar las ovejas en verdes praderas.

Digamos ya que la corriente solitaria del cristianismo, cuyos éxitos iniciales corresponden a los fundadores del monacato –como san Antonio el Grande en Egipto y san Hilarión en Palestina, sin olvidar el renacer que se produ-

jo en torno al año 1000 con san Bruno y san Romualdo—, quedó relegada muy pronto a un segundo plano. La sabia estructura comunitaria ideada por san Pacomio mostró enseguida enormes ventajas, y el «furor cenobítico» de san Basilio —autoridad indiscutible de la vida monástica— apuntaló sin excepción el triunfo de la comunidad fraterna. Ciertamente se dieron breves periodos de tiempo en los que la práctica de la vida solitaria renació, pero en general siguió siendo cuestionada con sólidos argumentos teológicos y de eficacia organizativa<sup>2</sup>.

En tiempos más recientes, al recuperarse la eclesiología de comunión y del pueblo de los bautizados gracias a la reflexión doctrinal y teológica, se ha redescubierto el valor de la soledad, a la que se le ha dado el lugar que le corresponde. Con todo, aunque la soledad nada tiene que ver con el individualismo y el intimismo espiritualista, se ha seguido cometiendo el error de confundirla con el aislamiento, haciendo del estar a solas con Dios y para Dios

2. Hay que recordar, no obstante, que la vida solitaria fue y sigue siendo el corazón de la vida monástica cenobítica. Un monasterio donde el silencio y la soledad se reducen al mínimo corre el riesgo de convertirse en una asociación o, en el mejor de los casos, en una fraternidad de tipo mendicante. La sobrevaloración de la vida comunitaria en algunos ambientes monásticos —con el consiguiente aumento de compromisos pastorales— carcome por dentro la prioridad absoluta de la búsqueda de Dios. Por mi parte, coincido con la reflexión de Louis Bouyer: «Un cenobita que practique virtudes exclusivamente relacionadas con la vida comunitaria puede ser una especie de célibe bonachón y piadoso, pero eso no le da ningún derecho a llevar el nombre de monje... Nunca nos cansaremos de repetirlo: decir monje es decir solitario. Quien no es verdaderamente un solitario, quien no aspira a serlo, no es monje, no desea la vida monástica» (*Il senso della vita monastica*, Qiqajon, Magnano 2013, 199). Sobre la posición de Basilio, cf. M. van Parys, *Comunione e solitudine secondo Basilio di Cesarea*, en S. Chialà - L. Cremaschi - A. Mainardi, *Comunione e solitudine*, Qiqajon, Magnano 2011, 75-103.

una caricatura o, en el menos malo de los casos, una forma exótica de vida. A pesar de ello, es preciso entender que Dios tiene derecho a que alguien viva exclusivamente para él, sin necesidad de justificar su propósito ni de tener compañeros de camino; alguien, en fin, que goce de su gracia sin la obligación de contárselo a nadie. La grandeza del Señor lo exige. Su bondad lo merece. Ninguno de nosotros tiene derecho a negarle a Dios esta amorosa pretensión. Cristo, para salvarnos, se quedó «solo»: solo en Getsemaní, solo en la cruz y, finalmente, solo en el sepulcro refulgente de la mañana de Pascua. Esto nos basta para que deseemos imitarlo.

Hoy sigue existiendo una minoría de cristianos para quienes la soledad y la escucha a tiempo completo constituye su específica vocación; más aún, defienden que se trata de una dimensión ineludible de la vida humana, un tesoro escondido que merece la pena descubrir<sup>3</sup>. Conocer el misterio de la soledad y su secreto divino supone afrontar nuestros miedos, esos en los que o bien arraiga la esperanza o bien siembra la cizaña el Maligno. Pero también significa invitar humildemente a algunas comunidades cristianas –reducidas a centros socio-recreativos– a desenmascarar la falta de fe que las socava como la carcoma. Una carencia que se manifiesta en Occidente de modo inconfundible a través de la desaparición masiva de las dos vocaciones que marcan los dos extremos de la radicalidad evangélica: el monacato y la misión *ad gentes*. No en vano, las vocaciones que hoy están de moda se caracterizan por ser de riesgo calculado; es cierto que en ellas se abandonan cosas, pero nunca queda uno a la intemperie.

3. Cf. el hermoso libro de Antonella Lumini, «observante del silencio» en la ciudad de Florencia: *Monachesimo interiorizzato. Tempo di crisi, tempo di risveglio*, Paoline, Milano 2021.

Como no soy alguien al que le gusten las medias tintas, voy a poner mis cartas sobre la mesa. De este modo el lector puede saber desde el principio a qué atenerse y cuáles son las tesis que van a marcar el camino.

*Primera tesis.* La comunión no se construye desde abajo de forma voluntarista, sino acogiénola como un don eminente del Espíritu Santo, que se sustancia al profesar juntos el mismo credo y al participar en los santos sacramentos. La comunión no depende de hacer cosas juntos como asistir a reuniones, sino de participar con fe viva, íntima y personal del mismo Espíritu. La comunión invisible de las almas –alimentada por la intercesión– es prioritaria (e insustituible) respecto de la dimensión organizativa y visible de la comunidad.

*Segunda tesis.* La comunión eclesial, que en el bautismo se nos ofrece como una semilla, se conserva y desarrolla tanto en la vida comunitaria como en la vida solitaria. Ambas son las dos caras de ese mismo Misterio que se manifiesta y fortalece sobre todo en la celebración eucarística. Es justamente ahí donde el Solo nos vincula con él y nos introduce en el seno de la Trinidad sin ningún mérito por nuestra parte y sin ningún motivo humanamente comprensible.

*Tercera tesis.* La soledad voluntariamente elegida para dedicarse a Dios es el complejo vitamínico que mantiene sana a la comunidad. Una comunidad sin soledad es un sucedáneo, y una soledad sin comunidad es solipsismo patológico. La una está al servicio de la otra, la cuida y la purifica. Así, el solitario recuerda la única Fuente de la comunión, mientras que quien vive en comunidad le recuerda al solitario que nadie se salva solo. Ambos apuntan al mismo objetivo: regocijarse en el Amor que no tendrá nunca fin, pues todo lo demás cesará (1 Cor 13, 8).

Cada creyente tendría que aprender tanto la disciplina de la vida en comunidad como la ley de la soledad.

*Cuarta tesis.* Desde siempre, la Iglesia de Oriente y la de Occidente han reconocido como un «estado» específico la vocación a una existencia en soledad, consagrada al silencio y la oración, a la que se denomina vida eremítica o anacoreta<sup>4</sup>. Se trata de un servicio a la Iglesia en la estela de la vida profética de Elías o de Juan Bautista, pero sobre todo de los cuarenta días que pasó Jesús en el desierto. El escaso e inexacto conocimiento sobre este estado de vida eclesial podría figurar entre las causas de la decadencia de la vida monástica cenobítica, así como de la falta crónica de directores espirituales<sup>5</sup>.

*Quinta tesis.* La soledad no es un ídolo, sino un medio humilde para entrar en una relación íntima con el Padre, el Único que ve en lo secreto y recompensa por ello (Mt 6, 6). En este sentido, la soledad se orienta a la contemplación de los bienes eternos. El cristiano la elige por amor a Dios, jamás por desprecio a los hermanos, por incapacidad para someterse a ninguna regla o por soberbia autorreferencial. Una existencia solitaria elegida por comodidad no regala la dulzura del Espíritu a quien la vive.

4. Aunque ambos términos suelen usarse como sinónimos, pueden distinguirse matices. Ermitaño es quien vive solo, mientras que anacoreta es, literalmente, *quien se aleja* de sus posesiones y de los lugares habitados. Por eso es posible llevar una vida de ermitaño también en la ciudad, como hizo san Simeón de Siracusa († 1035), que vivió recluso en una torre de la Porta Nigra de la ciudad de Tréveris. En Roma, el eremitismo urbano se practicó profusamente hasta el siglo XVII.

5. La Iglesia católica lleva varias décadas reconsiderando seriamente la consagración eremítica junto con la de las otras órdenes antiguas: *ordo virginum* y *ordo viduarum*. Prueba de ello es el documento de la Congregación para los Institutos de Vida consagrada y las Sociedades de Vida apostólica, *La forma de vida eremítica en la Iglesia particular. Orientaciones*, 14 de septiembre de 2021.

# ÍNDICE GENERAL

<i>Presentación</i> . Leer también requiere ejercitar la paciencia ..	11
INTRODUCCIÓN .....	23
1. DETENERSE .....	29
Siéntate .....	30
En tu celda .....	37
Como en el paraíso .....	43
Olvídate del mundo y dale la espalda .....	49
2. VIGILAR .....	59
Ira .....	61
Vanagloria .....	64
Tristeza .....	66
El buen pescador .....	70
3. ESCUCHAR .....	77
La lectura .....	78
La «lectio divina» cotidiana .....	84
El único camino, los salmos .....	91
4. PERMANECER .....	99
Ilusiones y tentaciones del principiante .....	100
Las etapas de la soledad .....	105
5. DESEAR .....	115
Presencia y fe .....	119
Presencia y verdad .....	122
Presencia y temor .....	125
6. PERDER .....	131
Vacíate de ti mismo .....	132
Como un niño en brazos de su madre .....	137
Alegre con la gracia .....	141
CONCLUSIÓN. Amar a la Iglesia .....	147

ANEXO .....	157
Paráfrasis de la «Pequeña regla» para los cristianos de hoy	157
Oración a san Romualdo .....	158
Oración del beato Pablo Justiniani .....	158
EPÍLOGO, de Fabio Rosini .....	159
<i>Índice de citas bíblicas</i> .....	169
<i>Índice de nombres</i> .....	171